

El Archivo de Sherlock Holmes

- 1 -

La aventura de la piedra preciosa de Mazarino

Fue un placer para el doctor Watson verse de nuevo en la descuidada habitación del primer piso de la calle Baker, que había sido el punto de arranque de tantas aventuras extraordinarias. Miró a su alrededor, fijándose en los mapas científicos que había en la pared, en el banco de operaciones químicas comido por los ácidos, en la caja del violín apoyada en un rincón y en el recipiente de carbón, donde se guardaban en otro tiempo las pipas y el tabaco. Por último, sus ojos fueron a posarse en la cara fresca y sonriente de Billy, el joven pero inteligente y discreto botones, que había contribuido un poco a llenar el hueco de soledad y de aislamiento que rodeaba la figura sombría del gran detective.

— Parece que aquí no ha cambiado nada, Billy. Y tú tampoco cambias. ¿Se podrá decir de él lo mismo?

Billy dirigió la mirada llena de solicitud hacia la puerta del dormitorio que estaba cerrada, y contestó:

— Creo que está en cama y dormido.

Eran las siete de la tarde de un encantador día veraniego, pero el doctor Watson se hallaba lo bastante familiarizado con la irregularidad del horario de vida de su viejo amigo para experimentar ninguna sorpresa por ese hecho.

— Supongo que esto significa que se halla metido en algún caso.

— Sí, señor; precisamente ahora está dedicado al mismo con todo ahínco. Yo temo por su salud. Lo encuentro cada día más pálido y más delgado y no come nada. «¿Cuándo le darán ganas de comer, señor Holmes?», preguntó la señora Hudson, y él contestó: «Pasado mañana, a las siete y media». Ya sabe cómo se vive cuando un caso despierta real interés.

— Sí, Billy, ya lo sé.

—Anda tras la pista de alguien. Ayer salió a la calle disfrazado de obrero en busca de trabajo. Hoy salió de mujer anciana. Y a mí me engañó, aunque tengo motivos para conocer ya sus artimañas.

Billy apuntó con el dedo hacia una sombrilla muy voluminosa que estaba apoyada contra el sofá y dijo:

—Es una de las prendas del equipo de la anciana.

—Pero ¿de qué trata todo ello, Billy?

Billy bajó la voz, como quien habla de grandes secretos de estado:

—No me importa contárselo, señor; pero debe quedar entre nosotros dos. Se trata del caso del diamante de la Corona.

—¡Cómo! ¿Del que vale cien mil libras y ha sido robado?

—Sí, señor. Es preciso recuperarlo. ¡El Primer Ministro y el Ministro del Interior estuvieron sentados en ese mismo sofá! El señor Holmes los trató con mucha amabilidad. Les tranquilizó y les prometió que haría todo cuanto pudiera. Vino también lord Cantlemere...

—¡Ah!

—Sí, señor; usted sabe lo que esto significa. Ese hombre es de los tiesos, si se me permite decirlo. Yo trago al Primer Ministro, y no tengo nada que decir contra el Ministro del Interior, que me dio la impresión de ser un hombre cortés y servicial, pero no me cae bien su señoría. Lo mismo le ocurre al señor Holmes. Fíjese en que ese lord no tenía fe en el señor Holmes y se oponía a que se le diese intervención en el asunto. Aseguraba que fracasaría.

—¿Y el señor Holmes lo sabe?

—El señor Holmes sabe todo lo que hay que saber.

—Bien, esperemos que no fracase y que lord Cantlemere se vea desairado. Pero, dime, Billy: ¿a qué viene esa cortina que tapa la ventana?

—El señor Holmes la colocó hace tres días. Tapa una cosa curiosa que hay al otro lado.

Billy avanzó y apartó la cortina que ocultaba el hueco que formaba el mirador.

El doctor Watson no pudo reprimir una exclamación de asombro. Había allí un facsímil de su viejo amigo, con su bata y todo, la cara vuelta en sus tres cuartas partes hacia la ventana y mirando hacia abajo, como si leyera un libro invisible mientras su cuerpo se hallaba profundamente hundido en el sillón. Billy separó la cabeza del muñeco y la mantuvo en alto.

—La cambiamos adaptándola a diferentes ángulos, a fin de que parezca más viva. Yo no me atrevería a tocarla si no estuviera bajada la cortina. Pero cuando está levantada, puedo ver la cabeza desde la acera de enfrente.

—Ya antes hemos hecho algo por el estilo.

—Fue antes de que yo me colocase aquí —dijo Billy.

Apartó las cortinas de la ventana y miró a la calle.

—Hay ciertos individuos que nos vigilan desde allí enfrente. Ahora mismo veo a uno en la ventana. Mire usted mismo.

Watson había dado ya un paso hacia delante, cuando se abrió la puerta del dormitorio, saliendo por ella la figura larga y delgada de Holmes; su rostro estaba pálido y seco, pero su andar y su porte estaban tan llenos de vida como siempre. De un solo salto llegó hasta la ventana, y volvió a correr la cortina.

—Así está mejor, Billy —dijo—. Muchacho, tu vida estaba en peligro; pero por el momento no puedo estar sin ti. Bien, Watson, da gusto verlo otra vez en su antigua residencia. Llega en un momento crítico.

—Eso estoy viendo.

—Billy, puedes retirarte. Este muchacho es un problema, Watson. ¿Hasta qué punto tengo derecho a permitir que corra peligros?

—¿Peligros de qué, Holmes?

—De una muerte súbita. Esta noche espero algo.

—¿Y qué es lo que espera?

—Ser asesinado, Watson.

—¡Una broma suya, Holmes!

—Aunque mi sentido del humor es limitado, es muy capaz de bromas mejores que ésa. Pero, mientras llega el momento, podríamos pasarlo

agradablemente, ¿verdad? ¿Nos está permitido el alcohol? El sifón y los cigarrillos se encuentran en su sitio de antaño. Quiero verlo en su sillón de siempre. Espero que no habrá aprendido a desdeñar mi pipa y mi lamentable calidad de tabaco. En estos días sustituye al alimento.

—¿Y por qué no come?

—Porque las facultades se afinan cuando se les hace pasar hambre. Seguramente que usted querido Watson, como médico que es, reconocerá que lo que la digestión nos hace ganar en aporte de sangre nos lo quita en capacidad cerebral. Yo soy un cerebro, Watson. Todo el resto de mi ser es un simple apéndice. Por consiguiente, es el cerebro al que yo tengo que atender.

—Pero ¿qué me dice de ese peligro, Holmes?

—Ah, sí; por si se convirtiese en realidad, no estaría de más que cargase su memoria con el nombre y la dirección del asesino. Podría comunicárselo a Scotland Yard, junto con la expresión de mi afecto y mi postrera bendición. Su nombre es Sylvius..., el conde Negretto Sylvius. ¡Anótelos, hombre, anótelos! Ciento treinta y seis Moonside Gardens. N. W. ¿Los tiene?

La honrada cara de Watson tenía gestos contradictorios y nerviosos de ansiedad. Demasiado conocía los inmensos riesgos con que cargaba Holmes, y sabía perfectamente que más bien habría en sus palabras cortedad que exageración. Watson era siempre hombre dispuesto a la acción, y en ese instante se mostró a la altura de las circunstancias.

—Holmes, cuente conmigo. No tengo nada que hacer durante un par de días.

—Veo que no mejora en su aspecto moral, Watson. Ahora ha sumado a los vicios que ya tenía el de decir pequeñas mentiras. Todo en usted está delatando al médico atareado, que tiene que atender consultas a toda hora del día.

—La cosa no llega a tanto. Pero ¿no puede hacer detener al individuo en cuestión?

—Podría hacerlo, Watson. Eso es lo que tanto le molesta a él.

—¿Y por qué no lo hace?

—Porque ignoro adónde se encuentra el diamante.

—Sí. Ya me habló Billy..., la joya de la Corona que ha desaparecido.

—Sí, la magnífica piedra amarilla de Mazarino. He tirado mi red y tengo dentro de ella el pez. Pero no he conseguido encontrar la piedra. ¿Qué adelanto con aprenderlos? Podemos hacer que el mundo sea un lugar mejor dándoles la zancadilla y sujetándolos. Pero yo no me he lanzado a esa empresa. Lo que yo necesito es la piedra.

—¿Y es este conde Sylvius uno de los peces a que se refiere?

—Sí; es el tiburón. Muerde. El otro es Sam Merton, el boxeador. No es mala persona Sam; pero el conde se ha servido de él. Sam no es un tiburón. Es un gobio corpulento, estúpido y de cabeza de toro. Pero, a pesar de ello, anda aleteando dentro de mi red^(Holmes gusta de usar metáforas de cazadores o pescadores para su oficio).

—¿Dónde se encuentra el conde Sylvius?

—Lo he tenido toda la mañana a mi lado. Usted, Watson, me ha visto en ocasiones disfrazado de anciana. Jamás lo estuve de manera más convincente. Ese hombre llegó incluso a recoger mi sombrilla. «Permítame, señora...», me dijo. Es medio italiano, ¿sabe usted?, y cuando está de buen humor tiene toda la simpatía del Sur, aunque cuando está de malas es el mismísimo diablo encarnado. La vida está llena de hechos caprichosos, Watson.

—Habría podido ser una pura tragedia.

—Sí, quizá sí. Lo seguí hasta el antiguo taller de Straubenze, en Minories. Straubenze fabricó el fusil de aire comprimido, una obra magnífica, según tengo entendido, y que supongo que debe encontrarse en este instante en una ventana frente a la mía. ¿Ha visto el muñeco? Sí, claro que Billy se lo enseñaría. Bien, en cualquier momento puede recibir un balazo en su hermosa cabeza. ¡Ah, Billy! ¿Qué ocurre?

El muchacho había reaparecido en la habitación con una tarjeta en una bandeja. Holmes la miró con las cejas arqueadas y con una sonrisa divertida.

—Ahí está en persona. No me esperaba esto. ¡A ponerse manos a la obra, Watson! Es un hombre de temple. Quizá conozca la fama que goza como buen tirador de caza mayor. Desde luego que constituiría un final glorioso de su historia deportiva que me echase a mí a la bolsa. Esta es una demostración de que siente la punta de mi pie cerca de su talón.

—Llame a la policía.

—Tendré probablemente que hacerlo. Pero todavía no. ¿Quiere mirar con cuidado por la ventana, para ver si alguien merodea por la calle?

— Sí, cerca de la puerta hay un individuo que parece un matón.

— Será Sam Merton; el fiel, pero bastante idiota, Sam. ¿Dónde se encuentra este caballero, Billy?

— En la sala de espera, señor.

— Hazlo subir cuando yo toque el timbre.

— Sí, señor.

— Hazlo pasar, aunque yo no esté en la habitación.

— Sí, señor.

Watson esperó a que la puerta estuviese cerrada y en seguida miró a su compañero.

— Mire, Holmes, esto no puede ser. Este es un hombre desesperado, que no se detiene ante nada. Quizás haya venido para asesinarlo.

— No me sorprendería.

— Insisto en hacerle compañía.

— Sería un estorbo tremendo.

— ¿Para quién, para él?

— No, querido compañero, para mí.

— No puedo abandonarlo.

— Sí, usted puede, Watson. Y lo hará, porque nunca ha dejado de representar su parte en el juego. Debo asegurarme que jugará hasta el final. Este hombre ha venido con una finalidad, pero quizá se quede por conveniencia mía. — Holmes tomó su libro de notas y garabateó algunas líneas —. Tome un coche de alquiler hasta Scotland Yard y dele esto a Youghal de la División de Investigaciones Criminales. Regrese con la policía. El arresto del cómplice seguirá después.

— Lo haré con alegría.

— Antes de que regrese debería tener suficiente tiempo para averiguar dónde está la piedra — tocó el timbre —. Creo que deberíamos salir por la habitación. Esta segunda salida es excesivamente útil. Quiero

preferiblemente ver a mi tiburón sin que me vea, y tengo, como recordará, mi propia forma de hacerlo.

Fue, en consecuencia, una habitación vacía a la cual Billy, un minuto después, condujo al conde Sylvius. El famoso tirador, deportista, y hombre de ciudad era una persona morena, con un formidable bigote oscuro sombreando una cruel y delgada boca, y transpuesta por una larga y curvada nariz como el pico de un águila. Estaba bien vestido, pero su brillante corbata, su resplandeciente alfiler, y sus relucientes anillos resultaban extravagantes. Cuando la puerta se cerró tras de él, miró alrededor con feroces y sobresaltados ojos, como alguien que sospecha una trampa a cada paso. Entonces se puso violento al notar la impasible cabeza y el cuello del camisón que se proyectaba por encima del sillón en la ventana. Primero su expresión fue una de puro asombro. Entonces la luz de una horrible esperanza centelleó en sus oscuros y sangrientos ojos. Echó un vistazo a su alrededor para ver que no hubiera testigos, y entonces, de puntillas, levantó su grueso bastón, y se aproximó a la silenciosa figura. Se estaba agachando para su salto y estallido final cuando una fría y sardónica voz lo saludo desde la puerta abierta de la habitación:

— ¡No lo rompa, conde! ¡No lo rompa!

El asesino trastabilló, mostrando asombro en su convulsa cara. Por un instante levantó su pesado bastón una vez más, como si pudiera volcar su violencia desde la imagen hacia el original; pero había algo en esos firmes ojos grises y sonrisa burlona que causaron que su mano se posara a un lado.

— Es un objeto hermoso — dijo Holmes, avanzando hacia el maniquí—. Tavernier, el modelador francés, lo hizo. Es tan bueno para las figuras de cera como su amigo Straubenze lo es para los rifles de aire.

— ¡Rifles de aire, señor! ¿A qué se refiere?

— Ponga su sombrero y su bastón sobre la mesa. ¡Gracias! Por favor, tome asiento. ¿Podría tener la amabilidad de quitarse su revólver también? Oh, muy bien, si prefiere sentarse sobre él. Su visita es realmente oportuna, porque quería tener unos pocos minutos de charla con usted.

El conde frunció el ceño, con pesadas y amenazadoras cejas.

— Yo, también deseaba tener algunas palabras con usted, Holmes. Es por eso que estoy aquí. No negaré que intentaba asaltarle.

Holmes meció sus piernas en el borde de la mesa.

—Me había dado cuenta de que algo así rondaba por su cabeza —dijo—. ¿Pero por qué estas atenciones personales?

—Porque ha salido de su camino para fastidiarme. Porque ha puesto a sus criaturas sobre mi camino.

—¡Mis criaturas! ¡Le aseguro que no!

—¡Absurdo! Los tengo vigilados. Dos pueden jugar el mismo juego, Holmes.

—Es una petición pequeña, conde Sylvius, quizás querría amablemente concertar una cita antes de vistarme. Podrá entender que, con mi rutina de trabajo, debo encontrarme en familiares términos con la mitad de la galería de bribones, y entenderá que las excepciones son injustas.

—Así será, Sr. Holmes.

—¡Excelente! Pero le aseguro que está equivocado acerca de mis supuestos agentes.

El conde Sylvius rio desdeñosamente.

—Otras personas pueden vigilar tan bien como usted. Ayer fue un viejo deportista. Hoy fue una anciana mujer. Me vigilan todo el día.

—Realmente, señor, usted me elogia. El viejo barón Dowson dijo la noche anterior a que fuera colgado que, en mi caso, lo que la ley ha ganado, el escenario lo ha perdido. ¿Y ahora usted me halaga por mis pequeñas interpretaciones?

—¿Fue... fue usted?

Holmes se encogió hombros.

—Puede ver en el rincón la sombrilla que tan educadamente me sostuvo en Minories antes de que empezara a sospechar.

—Si lo hubiese sabido, quizá no habría usted...

—... vuelto a esta humilde casa. Lo sabía perfectamente. Todos tenemos que lamentar ocasiones que hemos perdido. Ahora bien, como usted lo ignoraba, estamos aquí los dos.

El ceño del conde se frunció aún más apretadamente sobre sus ojos amenazadores.

—Lo que me acaba de decir pone aún peor las cosas. ¡No eran sus agentes, sino su misma entrometida persona de comediante! Reconoce, entonces, que me ha seguido los pasos. ¿Por qué?

—Vamos, vamos, conde. Usted se dedicó a matar leones en Argelia.

—¿Y qué pasa con eso?

—¿Por qué los mataba?

—¿Por qué? ¡Por deporte, por la emoción, por el peligro!

—Y también, sin duda, para librar al país de aquel flagelo, ¿verdad?

—¡Exactamente!

—Entonces ahí tiene en breves palabras mi porqué.

El conde se puso de pie de un salto y se llevó con movimiento involuntario la mano al bolsillo de la cadera.

—¡Siéntese, señor, siéntese! Yo tenía una razón de tipo más práctico. Necesito el diamante amarillo.

El conde Sylvius se recostó en su silla con sonrisa siniestra, y dijo:

—¡Le digo...!

—Usted sabía que yo andaba detrás suyo con una finalidad. La razón verdadera de haber venido aquí esta noche es que quiere averiguar hasta dónde estoy enterado del asunto y hasta qué punto es absolutamente indispensable eliminarme, porque yo lo sé todo, salvo un detalle que va a decirme ahora.

—¿De verdad? ¿Y cuál es el hecho que le falta por conocer?

—El lugar en el que se halla el diamante.

El conde miró fijamente a su interlocutor.

—De modo que desea usted averiguarlo, ¿verdad? ¿Y cómo demonios puedo decirle dónde está esa piedra preciosa?

—Puede decírmelo y me lo dirá.

—¡Ah!, ¿sí?

—Conde Sylvius, conmigo no le valen los engaños. —Holmes miró al conde, y sus ojos fueron contrayéndose y encendiéndose hasta no ser más que dos puntas de acero amenazadoras—. Usted es para mí como un cristal. Puedo ver a través de su alma.

—Entonces podrá por supuesto, ver dónde se encuentra el diamante.

Holmes palmeó divertido, y apuntó al conde con su índice burlón, diciéndole:

—¡Ah! ¿Ve usted cómo lo sabe? ¡Usted mismo lo ha confesado!

—Yo no he confesado nada.

—Veamos, conde. Si se pone razonable, podemos hacer negocios. En caso contrario, se pillarán los dedos.

El conde Sylvius alzó los ojos al techo y dijo:

—¡Y hablaba usted de que yo recurría a engaños!

Holmes lo miró pensativo, como mira un buen jugador de ajedrez mientras está pensando su jugada definitiva. De pronto abrió el cajón de la mesa y sacó de él un cuaderno de notas achatado.

—¿Sabe lo que guardo en este libro?

—No, señor; no lo sé.

—¡Lo guardo a usted!

—¿A mí?

—Sí, señor, a usted. Todo usted está aquí dentro; todo lo que ha hecho durante su dañina y repugnante vida.

—¡Maldición, Holmes! ¡Mi paciencia tiene sus límites! —exclamó el conde, con ojos relampagueantes.

—Todo está aquí, conde. La verdad acerca de la muerte de la señora anciana Harold, que le dejó en herencia la finca de Blymer, que usted perdió rápidamente en el juego.

—Está fantaseando.

—Y también la historia completa de la señorita Minnie Warrender.

—¡Bueno! De eso no va a sacar nada.

—Hay muchas más cosas aquí, conde. Aquí está el robo cometido en el tren de lujo de la Riviera el día 13 de febrero de 1892. Y el cheque falsificado contra el Crédit Lyonnais.

—No; ahí se equivoca usted.

—¡Entonces tengo razón en todo lo demás! Bien, conde, usted es jugador de cartas. Cuando el otro compañero tiene todas las de ganar, ahorra tiempo descartar la mano.

—¿Qué tiene que ver toda esta conversación con la gema de la que habló?

—Vayamos despacio, conde. ¡Contenga esa mente ansiosa! Déjeme llegar al asunto a mi habitual manera. Tengo todo esto contra usted; pero sobre todo, tengo un caso claro contra ambos, usted y su matón en el caso del diamante de la Corona.

—¿De veras?

—Tengo el chófer que lo llevó hasta Whitehall y el chófer que lo trajo de vuelta. Tengo al ordenanza que los vio cerca de la vitrina. Tengo a Ikey Sanders, quien rehúsa interceder por usted. Ikey lo ha delatado, y el juego ha terminado.

Las venas saltaron en la frente del conde. Sus oscuras y peludas manos se cerraron con fuerza en una convulsión de emoción controlada. Trató de hablar, pero las palabras no tomaban forma.

—Esa es la mano que estoy jugando —dijo Holmes—. Las cartas están puestas sobre la mesa. Pero una carta está perdida. Es el Rey de Diamantes. No sé dónde está la piedra.

—Y nunca lo sabrá.

—¿No? Sea razonable, conde. Considere la situación. Lo van a encerrar por veinte años. Y también a Sam Merton. ¿De qué les va a servir el diamante? De nada absolutamente. Pero si lo entrega estoy dispuesto a todo aunque se trate de un delito. No les queremos ni a usted ni a Sam, queremos la piedra. Dénosla, y por lo que a mí respecta, puede vivir en libertad, mientras se comporte correctamente a partir de ahora. Si comete otro desliz... en fin, será el último. Pero ahora mismo mi encargo es recuperar la piedra, no detenerlo a usted.

—¿Y si me niego?

—Pues, entonces... ¡Qué pena...! Será usted y no la piedra.

Billy apareció en respuesta a la llamada del timbre.

—Creo, conde, que convendría que también su amigo Sam asistiese a esta conferencia. Después de todo, es justo que sus intereses estén representados. Billy del lado de afuera de la puerta de la calle verá a un señor muy corpulento y feo. Invítelo a subir.

—¿Y si no quiere, señor?

—No quiero violencias, Billy. No lo maltrate. Si usted le dice que el conde Sylvius lo necesita, vendrá con seguridad.

—¿Qué es lo que va a hacer ahora? —preguntó el conde Sylvius cuando Billy desapareció.

—Hace un momento se encontraba aquí mi amigo Watson. Le conté que tenía en mis redes a un tiburón y a un gobio; ahora me dispongo a levantar la red y a que salgan juntos.

El conde se había levantado de su asiento y tenía la mano en su espalda.

Holmes hizo que algo sobresaliese del bolsillo de su bata.

—Holmes, usted no morirá en la cama.

—Esa idea se me ha ocurrido muchas veces, pero ¿de verdad tiene tanta importancia? A fin de cuentas, conde, usted mismo tiene más probabilidades de morir en posición perpendicular que en posición horizontal. Pero esta clase de previsiones del futuro resultan morbosas. ¿Por qué no hemos de entregarnos sin restricción al disfrute de la hora presente?

Los ojos negros y amenazadores de aquel maestro del crimen se encendieron de pronto con luminosidad de fiera. La figura de Holmes pareció ir creciendo a medida que se ponían en tensión, dispuesto a todo.

—Amigo mío, no vale la pena andar palpando su revólver —dijo con voz tranquila—. Sabe usted perfectamente que no se atrevería a usarlo, ni aun en el caso de que yo le diese el tiempo necesario para sacarlo, conde, los revólveres son instrumentos alborotadores y desagradables. Es mejor recurrir a los fusiles de aire comprimido. ¡Ah! Me parece oír los ingrátidos

pasos de su estimable socio. Buenos días, señor Merton. ¿Resulta aburrida la calle, verdad?

El boxeador profesional, que era un joven corpulento de expresión estúpida, terca y oblicua, se quedó como cortado en la puerta misma, mirando en torno suyo con desorientación. La campechanía de Holmes era cosa nueva para él, y aunque tuvo la sensación confusa de que le era hostil, no supo de qué manera hacerle frente, y se volvió pidiendo ayuda hacia su más astuto camarada.

—¿De qué se trata ahora, conde? ¿Qué es lo que quiere este individuo? ¿Ha pasado algo nuevo? —su voz era gruesa y ronca.

El conde se encogió de hombros y fue Holmes quien contestó:

—Señor Merton, para expresarlo brevemente, le diré que todo se acabó.

El boxeador siguió hablando a su asociado.

—Pero ¿es este fulano se está divirtiendo, o qué? Yo no estoy para diversiones.

—No, supongo que no —dijo Holmes—. Creo que puedo asegurarle que, a medida que avance la noche, usted se sentirá cada vez de peor humor. Bueno, conde Sylvius, vamos a ver. Yo soy hombre de muchas ocupaciones y no puedo perder el tiempo. Voy a pasar a ese dormitorio. Considérese aquí como en su propia casa durante mi ausencia. Así tendrá más libertad para explicar a su amigo cómo están las cosas sin que les cohiba mi presencia. Mientras tanto, tocaré en mi violín la Barcarola de Hoffmann. Dentro de cinco minutos volveré para que ustedes me den la contestación definitiva. Se ha dado perfecta cuenta de la alternativa, ¿no es así? ¿Los encarcelaremos a ustedes, o recuperaremos la piedra?

Holmes se retiró, recogiendo al pasar su violín, que estaba en un rincón. Unos instantes después, a través de la puerta cerrada del dormitorio, sonaban débilmente las notas lánguidas y llorosas de la más obsesionante melodía.

—¿De qué se trata, entonces? —preguntó Merton con ansiedad cuando su compañero se volvió hacia él—. ¿Sabe algo acerca de la piedra?

—Sabe demasiado acerca de ella. No estoy seguro de que no sepa absolutamente todo.

—¡Santo Dios! —la cara pálida del boxeador se volvió todavía más blanca.

— Ikey Sanders nos ha delatado.

— ¿Qué ha qué? Le haré pedazos por eso aunque me cueste la horca.

— Con eso no adelantamos mucho. Hemos de decidir ahora mismo lo que tenemos que hacer.

— Un momento — dijo el boxeador, mirando con recelo hacia la puerta del dormitorio —. Este individuo es de cuidarse y hay que estar alerta. ¿No nos estará escuchando?

— ¿Cómo va a poder escuchar si está tocando la música?

— Tiene razón. Quizás haya alguien detrás de una cortina. Hay demasiadas cortinas en esta habitación.

Al volverse para mirar vio por vez primera la efigie de la ventana, y se quedó sorprendido mirando y apuntando con el dedo, demasiado atónito para hablar.

— ¡Bah! Es sólo un muñeco — dijo el conde.

— Una simulación, ¿verdad? ¡Por mi vida! ¿No andará en ello madame Tussaud^(la escultora de cera más famosa de todos los tiempos)? Es su viva imagen, con el batín y todo. Pero ¡las cortinas, conde!

— ¡Al diablo las cortinas! Estamos perdiendo el tiempo y no andamos sobrados de él. Ese hombre puede mandarnos a presidio por el asunto de la piedra.

— ¡Vaya si puede!

— Pero nos dejará libres con sólo que le digamos dónde está el botín.

— ¡Cómo! ¿Que se lo entreguemos? ¿Que le entreguemos lo que vale cien mil soberanos?

— O lo uno o lo otro.

Merton se rascó la rapada cabeza.

— Ese hombre está aquí solo. Vamos a darle lo suyo. Con apagar la luz nada tendríamos que temer.

El conde movió negativamente la cabeza.

—Está armado y en guardia. Si lo matásemos a tiros, nos sería difícil huir en un sitio como éste. Además, es bastante probable que la policía esté al corriente de todas las pruebas que él tiene. ¡Hola! ¿Qué es esto?

Se oyó un leve crujido que parecía proceder de la ventana. Ambos hombres se volvieron rápidos, pero todo estaba tranquilo. Fuera de aquel muñeco extraño sentado en el sillón, no había sin duda alguna nadie más en el cuarto.

—Hay algo en la calle —dijo Merton—. Mire, jefe, usted tiene el cerebro. Seguramente encontrará la forma de salir de esta situación. Si asestarle un golpe no lo es, entonces la solución es toda suya.

—He engañado a mejores hombres que él —contestó el conde—. La piedra está aquí en mi bolsillo secreto. No corrí riesgos al ocultarla. Puede estar fuera de Inglaterra esta noche y dividida en cuatro piezas en Ámsterdam antes del Domingo. Holmes no sabe nada de Van Seddar.

—Pensé que Van Seddar se iría la próxima semana.

—Así iba a ser. Pero ahora deberá salir en el próximo ferry. Uno de los dos debe escabullirse con la piedra hacia la calle Lima y decírselo.

—Pero el falso fondo no está hecho todavía.

—Así es, deberá aceptarlo como está y arriesgarse. No hay ni un momento que perder —nuevamente, con la sensación de peligro que se convierte en instinto en el deportista, se detuvo y observó fijamente hacia la ventana. Sí, era seguro que desde la calle venía ese débil sonido—. Respecto a Holmes —continuó—, podemos engañarlo fácilmente. Verás, el condenado tonto no nos arrestará si le damos la piedra. Bien, le prometeremos la piedra. Lo pondremos sobre el camino equivocado, y antes de que descubra que está por mal camino, el diamante estará en Holanda y nosotros fuera del país.

—¡Me parece bien! —exclamó Sam Merton con una amplia sonrisa.

—Puedes irte y decirle al holandés que se mueva. Yo veré a este memo y le llenaré la cabeza de falsas confesiones. Le diré que la piedra está en Liverpool. ¡Cómo me aturde esa música quejumbrosa! ¡Me pone de los nervios! En el momento en que averigüe que no está en Liverpool ya estará dividida en cuartos y nosotros sobre el agua azul. Ven aquí, ponte fuera de la línea de visión de la cerradura. Aquí está la piedra.

—Me extraña que se atreva a llevarla encima.

—¿Dónde puedo mantenerla segura? Si pudimos sacarla de Whitehall alguien más podría seguramente alejarla de mí.

—Echémosle una mirada.

El conde Sylvius lanzó algo así como una mirada poco halagadora hacia su socio e hizo caso omiso de las manos sucias que se extendían hacia él.

—¿Qué... piensa que voy a robárselo? Mire, señor, me estoy cansando de sus métodos.

—Está bien, está bien, sin ofensas, Sam. No podemos permitirnos una disputa. Ven hacia la ventana si quieres ver adecuadamente la belleza de la piedra. ¡Ahora sostén la lámpara! ¡Aquí!

—¡Gracias!

Con un simple salto Holmes brincó de la silla del maniquí y atrapó la preciosa gema. La sostuvo en una sola mano, mientras que con la otra apuntaba un revólver a la cabeza del conde. Los dos villanos retrocedieron con absoluto asombro. Antes de que se recobraran Holmes presionó el timbre eléctrico.

—¡Sin violencia, caballeros... sin violencia, se lo ruego! ¡Tengan en consideración los muebles! Debe ser evidente para usted que no tiene escapatoria. La policía está esperando abajo.

La perplejidad del conde sobrepasó su furia y su temor.

—¿Pero cómo dedujo...? —balbuceó.

—Su sorpresa es muy natural. No estaba enterado que una segunda puerta de mi habitación se encuentra directamente detrás de la cortina. Me imaginé que debió oírme cuando desplacé el muñeco, pero la suerte estaba de mi lado. Me dio la oportunidad de escuchar su interesante conversación, que hubiese sido penosamente embarazosa si se hubieran percatado de mi presencia.

El conde hizo un gesto de resignación.

—Le subestimamos, Holmes. Creo que es el mismísimo diablo.

—No tanto mi querido conde. —Holmes respondió con una cortés sonrisa.

El lento intelecto de Sam Merton sólo gradualmente fue apreciando la situación. Ahora, con los sonidos de pesados pasos llegando por las escaleras, rompió el silencio.

— ¡Un madero! — dijo—. Pero, dígame, ¿qué le pasa a ese condenado violín? Porque sigue tocando.

— ¡Bah, bah! — contestó Holmes—. Está usted en lo cierto. ¡Déjelo tocar! Estos gramófonos modernos constituyen un invento extraordinario.

La policía penetró en tromba, se oyó tintinear las esposas, y los criminales fueron conducidos al coche que estaba esperando. Watson se quedó rezagado acompañando a Holmes, para felicitarlo por esta nueva hoja que acababa de agregar a sus laureles. Una vez más la conversación fue interrumpida por el imperturbable Billy, que se presentó con su bandeja.

— Lord Cantlemere, señor.

— Hágallo subir, Billy. Es un eminente aristócrata del reino que representa a los más elevados intereses — dijo Holmes—. Es una persona excelente y leal, pero está más bien chapado a la antigua. ¿Quiere que lo hagamos apearse de su solemnidad? ¿Vamos a tomarnos una pequeña libertad? Calculo que no debe saber nada de lo que acaba de ocurrir.

Se abrió la puerta para dejar paso a un hombre enjuto y austero, de perfil parecido a un hacha, y patillas largas de la época media victoriana, negras y brillantes, que no concordaban bien con los hombros caídos y su andar lento.

Holmes se adelantó afectuoso y le apretó su flácida mano.

— ¿Cómo andamos, lord Cantlemere? La temperatura es fría para la época del año en que estamos, pero bastante calurosa dentro de casa. ¿Puedo quitarle el gabán?

— No, gracias; lo conservaré puesto.

Holmes apoyó con insistencia su mano en la manga del gabán.

— ¡Por favor, permítame! Mi amigo el doctor Watson podrá decirle que estos cambios de temperatura son muy traidores.

Su señoría se liberó con impaciencia de las manos de Holmes.

—Me encuentro muy cómodo, señor. No voy a permanecer aquí porque entré simplemente para saber si ha hecho algún progreso en la tarea que le ha sido encomendada.

—Es difícil..., difícilísima.

—Ya me temí que así le pareciese.

El viejo cortesano dejó transparentar un tonillo de mofa en sus palabras y en su expresión.

—Señor Holmes, todo el mundo descubre sus limitaciones, pero ese descubrimiento nos cura por lo menos del engreimiento.

—Sí, señor, me he visto muy perplejo.

—¡Claro está!

—Sobre todo, en lo relativo a un detalle. Quizás usted pudiera ayudarme en ese punto.

—Solicita mi consejo con bastante retraso. Yo creía que usted disponía de métodos que nunca se quedaban cortos. Sin embargo, no tengo inconveniente en ayudarle.

—Verá, lord Cantlemere, la verdad es que tenemos todas las pruebas para acusar a los auténticos ladrones.

—Cuando los haya atrapado.

—Exactamente. Ahora bien, el problema es éste: ¿De qué manera procederemos contra el perista?

—¿No es algo prematura la pregunta?

—Siempre es bueno que tengamos preparados nuestros planes para todo. Entonces bien, ¿qué prueba consideraría usted decisiva contra el perista?

—Encontrar la piedra en su posesión.

—¿Lo harían ustedes detener en tal caso?

—Sin duda alguna.

Rara vez se reía Holmes, pero en esta ocasión estuvo tan a punto de hacerlo como Watson no recordaba haberlo visto nunca.

—Siendo así, querido señor, me veré en la dolorosa necesidad de aconsejar que procedan a su detención.

Lord Cantlemere se puso muy irritado. En sus exangües mejillas vibraron, pasajeros, algunos de sus antiguos colores.

—Señor Holmes, se toma usted grandes libertades. No recuerdo caso igual en mis cincuenta años de vida oficial. Yo soy un hombre atareado, señor, que tiene a su cargo importantes asuntos, y no dispongo del tiempo ni del gusto para bromas estúpidas. No tengo inconveniente en decirle, señor, que jamás he creído en sus talentos y que siempre he defendido la opinión de que el asunto habría estado más seguro en manos de la policía oficial. Su manera de conducirse confirma las conclusiones a que yo había llegado. Tengo el honor de darle las buenas tardes, señor.

Holmes había cambiado rápidamente de posición y se interponía ahora entre el lord y la puerta.

—Un momento, señor —dijo—. Salir de aquí con la piedra de Mazarino constituiría un delito mucho más grave a que se le encontrase temporalmente en posesión de la misma.

—Caballero, esto es intolerable. Déjeme pasar.

—¡Meta la mano en el bolsillo del lado derecho de su gabán!

—¿Qué es lo que pretende insinuar?

—Vamos, vamos; haga lo que le pido.

Un instante después, el atónito aristócrata, con la gran piedra amarilla sobre la palma de la mano temblorosa, parpadeaba y tartamudeaba:

—¡Cómo! ¡Qué! ¿Qué significa esto, señor Holmes?

—¡Lo he hecho muy mal, lord Cantlemere, lo he hecho muy mal! — exclamó Holmes—. Este viejo amigo aquí presente le podrá explicar mi endiablada afición a las bromas. Eso y que no resisto la tentación de lo dramático. Me tomé la libertad, la grandísima libertad, lo confieso, de meterle la piedra en el bolsillo al comienzo de nuestra entrevista.

El viejo aristócrata miraba, con ojos muy abiertos, tan pronto la piedra como el rostro sonriente que tenía delante.

— Señor, estoy desconcertado. En efecto, sí; es la piedra preciosa de Mazarino. Señor Holmes, le estamos muy agradecidos. Quizá, lo confieso, su sentido del humor esté algo viciado, y esta exhibición del mismo haya sido notablemente inoportuna; pero considere retirados todos los comentarios que he hecho acerca de su asombrosa capacidad profesional. Pero ¿cómo...?

— El caso no está sino a medio acabar, los detalles pueden esperar. Sin duda, lord Cantlemere, la satisfacción que tendrá al narrar los positivos resultados en los altos círculos a los que ahora vuelve, supondrá una pequeña compensación por mi broma. Billy, acompañe a su señoría hasta la calle, y diga a la señora Hudson que me alegraré de que nos envíe lo antes posible cena para dos.

¿Deseas continuar las aventuras de nuestro famoso detective?

Encuentra **todos** los libros GRATUITOS de Holmes y Watson en SherlockHolmes.page



SherlockHolmes.page